

peruano acerca de su cultura. El interés por el inca Garcilaso es tema también en “Casa cortesana”, el capítulo que sigue, donde se describe la fachada, los balcones, corredores y espacios de la que fuera morada del escritor cusqueño y relator de las tradiciones quechuas (pág. 95). Y como lo que es agradable para la lectura es literatura, en este caso podemos decir que *Viaje al Perú* forma parte de la literatura colombiana de viajes. “A sus plantas rendido un león” es el título de un libro peruano que da el nombre a este capítulo, en el que de nuevo Orrego recurre a su pasión literaria, movida esta vez por un empleado de hotel que se le asemeja a uno de los personajes del libro, es decir, un inca de pura cepa en pleno siglo XXI. “Corricancha”, recinto sagrado de los incas, trae descripciones arquitectónicas de muros y edificios gigantescos contruidos con inmensas piedras cuadradas que encajan perfecta y sólidamente, al punto que introducir una hoja de afeitar entre piedra y piedra es imposible (pág. 99). Vuelve con todo su ímpetu el talante literario de Orrego a hacerse presente en “Vargas Llosa sobre la mesa”, en la que la narración se acerca de nuevo al análisis literario, esta vez motivado por una cena en una pizzería cusqueña donde Orrego diserta con una joven limeña acerca de autores peruanos: Julio Ramón Ribeyro, José Carlos Mariátegui y, de sobremesa, Mario Vargas Llosa. En “Mucho más que artesanías”, se refiere el autor a su visita al pasadizo del comercio artesanal de Cusco, que se abre en amplios corredores colmados de mercancías: tejidos, ponchos, sacos, bolsos, chompas, manteles... un mercado persa en Cusco, donde lo artesanal se entreteje en los exhibidores con productos *made in Taiwan* y *made in USA*, es decir, artesanías globalizadas e industrializadas (pág. 107). “Saqsayhuaman” trae nuevas descripciones arquitectónicas de Cusco, esta vez referidas a la sobrecogedora solidez que demuestran tener las enormes paredes de la Ciudad del Sol, fortificadas al encajar perfectamente los que parecen gigantescos cubos tallados en piedra. En “Cienciano de Cusco” aparece de nuevo la afición del autor por el fútbol, al anotar recuerdos de un juego por la Copa Nissan Suramericana en el que

Orrego es espectador del disputado encuentro futbolero y de las manifestaciones culturales que los cusqueños desnudan en las tribunas. “En la carretera” encontramos los pormenores del viaje a las históricas ruinas de la ciudad sagrada de los incas. Orrego describe el valle del río Urubamba encajonado entre desfiladeros y montañas blancas, antes de coronar en tren el “altar indio y universal de Machu Picchu” (pág. 116). El sobrecogimiento que le causa la primera visión de las legendarias ruinas marca el comienzo de “Machu Picchu”, antepenúltimo capítulo, donde ver Machu Picchu y después morir es consejo que da Orrego a los lectores de *Viaje al Perú* (pág. 118). “Vitcos”, uno de los muchos nombres con que se identifica a la ciudad sagrada, es el nombre del penúltimo capítulo del libro y en él los apuntes y datos se apoyan literariamente en *Muchas lunas en Machu Picchu*, novela de Enrique Rosas Paravicino sobre temas indígenas con símbolos y leyendas de astrónomos y sacerdotes que en tiempos milenarios pronosticaban el futuro con encumbradas observaciones que hacían desde las hoy terrazas turísticas del lugar, “ciudad de los vitcos” o ciudadela de ritos sagrados de los incas.

Concluye la obra con “Un vaso de leche”, capítulo en el que el autor cierra su periplo literario por el Perú, donde cuenta de su regreso en avión de Lima a Medellín. El final de este libro de viajes me parece literariamente accidentado, porque como lector esperaba encontrar una visión general de la visita a Cusco o un comentario

general de todo el viaje. Pero no se encuentran. “Vaso de leche” confirma que *Viaje al Perú* puede leerse de atrás hacia adelante, en reversa, subiendo o bajando. Cada capítulo es una historia aparte. Cada aparte es un relato propio. El epílogo del viaje se refiere a la emoción que siente Orrego por regresar a Medellín, en vuelo solitario, con un libro en la mano: *La casa de cartón*, de Martín Adán, y en la otra mano un vaso de leche para sumergirse en su lectura.

Hernán Galán Casanova

Mucha anécdota y pocas nueces

Historias al aire

JULIO E. SÁNCHEZ VANEGAS
Ediciones B, Grupo Z, Bogotá, 2012,
185 págs.

LOS LIBROS de historia de la radio y la televisión son escasos, y no solo en Colombia; la historia de los medios y de la comunicación es un campo que tiene pocos años y un desarrollo desigual en los diferentes países. Suelen ser más los anecdóticos que cuentan la vida de personas que han formado parte de estos medios y que consideran que esta narración tiene importancia para los lectores. Son un buen aporte para quienes investigan y que obtienen de estos textos información, fechas y nombres que, sometidos al proceso de elaboración historiográfica, terminan construyendo la historia de un medio, de un país o dando respuesta a preguntas sobre el papel de la comunicación en la vida social.

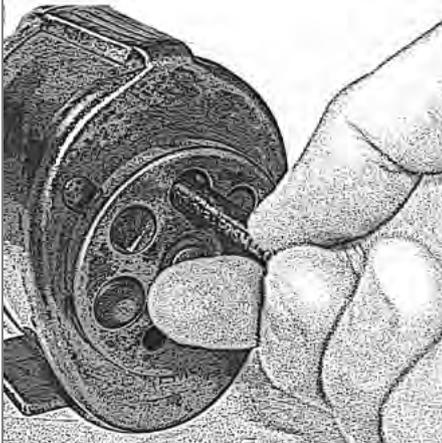
Así, cuando uno se encuentra con el libro de Julio E. Sánchez Vanegas, no puede menos que leerlo con expectativas toda vez que, por más de seis decenios, el autor ha formado parte del mundo de los medios en el país y ha protagonizado episodios de relevancia, en particular en la televisión del siglo pasado.

El libro cubre un periodo que va de los años cincuenta y la primera década de este siglo, en el cual Sánchez pasó por la radio, primero, luego por el cine y por la televisión.



Sin embargo, a poco que se inicia su lectura entiende que hay textos a los que les hace falta un editor. Llama la atención que un libro relativamente extenso (185 páginas en un formato de 28 x 23,5 cm) no esté organizado en capítulos que ayuden a separar momentos o temáticas. Esto lleva al lector a una narración continua en la que el tono general es anecdótico, con el autor siempre en el centro de la escena. Esto no sería un problema si el narrador contase con mejores armas literarias o, en su defecto, si un editor cuidadoso le hubiese proporcionado el apoyo de un cronista con armas en el oficio para aportar a la anécdota un ropaje de buena escritura.

Así, poco a poco uno se adentra en una lectura que va cayendo en la monotonía de una sucesión plana



de hechos sueltos que solo tienen el amarre del orden cronológico y que terminan en una larga enumeración de programas, transmisiones, viajes y de nuevo más programas, transmisiones y viajes.

Como corresponde a una memoria biográfica el texto se inicia con un recuento de los primeros años del protagonista, en Guaduas (Cundinamarca), y aunque no nos dice el año de nacimiento por ahí, al desgaire, menciona a 1942 como fecha en la que compitió en unos juegos intercolegiados. Nos enteramos que se inició en la vida laboral con un puesto de escribano en la Asamblea de Cundinamarca, gracias a los oficios del político Armando Rico Avendaño, amigo de su padre. Después saltamos a la presentación del examen para locutor y de allí a su ingreso a Radio

Mundial y luego, sin transición, en la emisora 1020 y a continuación en Radio Girardot. Más adelante nos cuenta su periplo laboral por Pereira, Manizales, su retorno a Bogotá y ya en la mitad del régimen de Gustavo Rojas Pinilla su traslado a Ciudad de México, en busca de nuevos horizontes.

Siguiendo una cierta tradición entre quienes colaboraron de una forma u otra con el gobierno de Rojas, no nos da muchos detalles de cómo llegó a ser maestro de ceremonias oficiales transmitidas por la recién aparecida televisión.

Poco a poco vemos desfilar un año tras otro, un suceso tras otro y en cada uno de ellos al autor como protagonista.

Un “capítulo” interesante, por llamarlo de algún modo, es el que narra las aventuras de Sánchez Vanegas por tierras mexicanas, en la segunda mitad de los años cincuenta. Sin duda, su paso por el cine mexicano, además de otros medios, tiene el encanto de quien narra cómo sin visa de trabajo y sin papeles de afiliación sindical, contando solo con la astucia que se cree patrimonio nacional colombiano, pudo trabajar como actor en varias producciones de la época de oro del cine mexicano.

Interesante también es, al final del texto las reflexiones que hace sobre los logros de la empresa familiar (JES), que de muchas maneras formó parte de la historia de la televisión, en particular por ser pionera en traer al país innovaciones tecnológicas como la producción digital de comerciales y en la que sus hijos hicieron sus primeras armas en el campo del periodismo y la producción audiovisual.

Hay dos temas que muestran cierta continuidad en las anécdotas narradas: el reinado de Miss Universo, a partir de la corona de Luz Marina Zuluaga, en 1958, y más adelante, las transmisiones de la entrega de los premios Oscar, que inició en 1971. Alrededor de esto encontramos, año tras año, datos acerca de sus protagonistas, abundancia de nombres y detalles, tanto sobre los eventos mismos como acerca de la transmisión y sus peripecias en las que el narrador nos habla de su capacidad de relaciones públicas y gestión personal.

Habría un tercer tema que podría

incluirse en medio de la enumeración repetitiva y es el programa Concéntrase, sin duda una marca de gran recordación entre la teleaudiencia mayor. Y alrededor del programa las peripecias de la asignación de espacios para las programadoras de televisión en ese extraño mundo que era el ya superado “modelo” de televisión que imperó en el país hasta los años finales del siglo pasado. Allí encontraremos las componendas políticas y los amañes de las asignaciones de horarios y programas, pero lastimosamente el tono personal de la enumeración no deja sino el sabor de que a pesar de las muchas relaciones de Sánchez Vanegas con los presidentes y los ministros de comunicaciones, siempre trataron a JES de manera desventajosa frente a sus competidores.

Una mención particular hay que hacer al tono desafortunado con el que se cuentan ciertas anécdotas, que un editor acucioso hubiera podido excluir de la versión final, sin que por ello el texto sufriera ningún desmedro. Veamos algunos ejemplos:

Nunca imaginé que en el gobierno de Julio César Turbay Ayala me fuera a ir tan mal, porque cuando yo trabajaba en Emisoras 1020 le colaboré incondicionalmente y gratis, leyéndole su noticiero “Democracia” que tenía en la Voz de Bogotá (las cabinas de locución eran vecinas). Cuando Julio Eduardo Pinzón no iba a hacerlo porque se demoraban mucho para pagarle el sueldo, Turbay personalmente me lo solicitaba, por eso, cuando subió a la primera magistratura, se me fue la mano pensando que me iría muy bien con él. Ahí empecé a conocer a los políticos. [pág. 104]

Como esta aparecen comentarios sobre la vida personal que poco aportan al objeto de las memorias: “Recuerdo que Doroteo Martí, director de teatro que hizo novelones de lloriqueos en la cadena, *quien no se distinguió por varonilidad* (resaltado nuestro), me llamó con urgencia para que hiciera el papel de Jesucristo” (pág. 27).

Una última mención habría que hacer de los recuerdos de la fundación de la Emisora Eldorado, que tiene su propio lugar en la historia de la radio

colombiana pues en sus ondas se inició Julio Sánchez Cristo, el más conocido de los hijos de Julio E. Sánchez Vane-gas, por su permanente presencia al aire en los últimos años.

Si uno tiene paciencia para terminar el libro tendrá, aunque de manera muy fragmentaria, un repaso interesante de hechos y sucesos de la radio y la televisión colombiana en la segunda mitad del siglo pasado, pero se necesita mucha paciencia.

Gabriel Gómez M.

Bastante economía, poca vida cotidiana

Salarios, vida cotidiana y condiciones de vida en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX

MARÍA DEL PILAR LÓPEZ URIBE
Universidad de los Andes, Bogotá, 2011,
232 págs.

A COMIENZOS del siglo XX, Bogotá era una pequeña ciudad o una gran aldea, que contaba con 78 000 habitantes, era dominada por las iglesias y los curas y tenía unas cuantas fábricas y muchos artesanos. Medio siglo después la ciudad se había transformado por completo, se expandió espacialmente, su población se multiplicó por cinco, puesto que ascendía en 1950 a 550 000 habitantes, y había fábricas e industrias importantes y un significativo contingente de trabajadores asalariados. Este conjunto de transformaciones estuvo acompañado de modificaciones económicas de gran alcance, la mayor parte de las cuales se proyectan hasta nuestro presente.

Al análisis de esos cambios está dedicado el libro de María del Pilar López, en el cual se estudian algunas variables económicas, entre las que sobresalen los salarios, los precios y las condiciones de vida de los habitantes de Bogotá. Para reconstruir esta historia la autora consultó una amplia diversidad de fuentes primarias, estadísticas y de prensa, incluyendo información oficial y privada, e hizo una revisión general de fuentes secundarias, aunque poco exhaustiva

y rigurosa, ya que le faltó la consulta de gran parte de la bibliografía básica sobre el periodo.

El aporte fundamental de esta obra radica en la construcción de series estadísticas de mediana duración, a partir de la consulta y lectura de diversos materiales de tipo cuantitativo. Las series se detallan en veinticuatro cuadros estadísticos y en veintisiete gráficos a lo largo del libro, que son fáciles de comprender y están explicados con algún detalle en cada capítulo. Esta gran cantidad de material cuantitativo se maneja en una forma reflexiva, de tal manera que el libro es atractivo y digerible, a diferencia de la mayor parte de la literatura económica, que es pesada y muy aburridora.

Las series que elabora la autora muestran la forma como evolucionaron los índices de mortalidad, que se redujeron al 2% después de 1930. En el mismo sentido se demuestra que durante todo el periodo considerado hubo una tendencia inflacionaria más o menos constante, que no compensaba los ingresos nominales de la población empleada, lo cual evidenciaba el estancamiento del salario real. A clarificar estos aspectos, la autora le dedica muchas páginas de varios de los capítulos del libro. La disparidad entre altos precios y salarios estancados indica que no hubo una mejora notable en la calidad de vida de la mayor parte de la población, la cual seguía gastando una parte significativa de sus ingresos en satisfacer sus necesidades personales y familiares.

Aparte de la exposición y explicación de las series estadísticas, en otros capítulos del libro la autora intenta incursionar en diversos aspectos de la

vida bogotana. Al respecto se destaca el capítulo dedicado a los servicios públicos (agua, electricidad, telefonía y transporte), en el cual se muestra la evolución en su oferta desde finales del siglo XIX, y los problemas asociados a la misma. Esta es, sin embargo, una descripción muy plana, en la que no se muestran los conflictos sociales que se originaron en torno a los servicios públicos. Es sintomático que la autora no diga ni una palabra sobre la protesta contra el tranvía en 1910, que dio origen a su municipalización, y tampoco mencione que el tranvía terminó en la ciudad como resultado de la insurrección del 9 de abril de 1948. Una carencia similar se nota cuando, de paso, se pretende hablar de la vida cotidiana y se considera el consumo de chicha –la bebida popular de Bogotá–, pero no se mencionen las protestas contra las chicherías de 1923 y tampoco que esta bebida fue prohibida en forma definitiva tras el bogotazo.

En el último capítulo se describe en forma somera la legislación laboral y algunos conflictos de trabajo, pero eso está circunscrito en sentido estricto a 1919 y la década de 1920. No se presenta allí una consideración global del asunto, y la impresión que le queda al lector es que la autora no consultó la bibliografía básica e indispensable sobre el asunto. Además, sus apreciaciones sobre el origen de la legislación laboral son muy discutibles, puesto que termina avalando algunos de los peores vicios antilaborales del Estado que se encuentran en las leyes 78 de 1919 y 21 de 1920, respectivamente, en las que se reglamenta el esquirolaje y la prohibición de las huelgas en los “servicios públicos”, algo que incidió negativamente en la organización de los trabajadores durante todo el siglo XX y se proyecta hasta el momento actual.

Estas no son simples carencias, sino que tienen que ver con una forma de ver la historia económica, en la cual se contemplan las variables y datos estadísticos, pero se presta poca o nula atención a los conflictos, que subyacen en el trasfondo de una formación social y que son la manifestación concreta de las variables económicas analizadas.

En general existe una disparidad en el espacio consagrado al tema de

